

Suma y voracidad

La idea del mundo divisible, incesante, debe haberse forjado en la negativa a so-lazarse en el espectáculo de la imagen, esa realidad dominada por cierto exceso de formas, colores, magias de lo intercambiable. De espaldas, quiero decir, y tras desterrar todo sentido visual, con los ojos cerrados y esto necesariamente es distinto a la oscuridad. Extraer una especie de otra, duplicar manteniendo la analogía, pues las ascendencias son la relación más sencilla de eso llamado fidelidad. Partenogénesis o mitosis, la proliferación es una razón de la vitalidad orgánica, necesidad de ser muchos para crear la ilusión de lo eterno, o menos aún de lo estable. El idealismo resulta la filosofía por excelencia porque es totalmente risueño, las sensaciones son ruido de un orden armónico y acabado, su nostalgia, digamos. Así, el solipsismo resulta una religión, la del ensimismamiento, perfecta en sí misma pues en su renuncia a todo movimiento está su reconocimiento de Dios, autosuficiente, circular, sin sinonimia, antidemográfico.

El diccionario, en cambio, representa la vocación populosa del mundo, afirmar esa seguridad venida de ser muchos, y de registros y nombres colonizándose, signándose mutuamente. Una identidad por acumulación, democrática y rotunda, sin posibilidad de demagogia, saturación que nunca agota ni el continente ni el contenido. Es el fin de las especies o el imperio de una sola, su desarrollo y crecimiento en un escenario que debe ser llenado, colmado. También resulta la negación del patrón de la naturaleza, esta no almacena ni duplica, no hay en ella el más mínimo sentido de la regularidad, desde una montaña hasta una hoja, desde el asterisco de una gota de agua estrellándose en el pantano hasta las líneas de fractura de un terremoto, no existen al menos dos idénticos. Representa la abominación de la regularidad en un proyecto destinado a sobrevivir a partir de una monótona constancia, y esta es obviamente una ironía, no una paradoja, lo recurrente de toda acción humana garantiza la función de la memoria,

una manera de retener la noción del origen, no porque sepamos de donde venimos sino porque la necesidad nos ataca: cada día debemos volver a ser. La diversidad de un mundo donde un evento no podría repetirse, como lo sugiere Borges, combinando y multiplicando sólo diez eventos, habla de la futilidad de los esfuerzos dirigidos a afirmar aquel mundo desde lo contable y su simetría.

Los diccionarios son especies muy distintas entre sí, como una manada de animales en la llanura africana, sus oficios y temas sobresalen a desnivel, variopintos, unos de filiación inmediata (de la lengua), alargan su esqueleto a la altura justa del pastizal, otros oblicuos (de gentilicio) bullen por entre las raíces, alguno franco y altivo (de parónimos), sin malicia ondea su cabeza por encima de las últimas ramas espinosas. Pero son un reino, los diccionarios, instalados en la lengua como escenografía más reciente, verdaderamente confortable, ellos evolucionan desde lo antvisual, no se completan en la observación de lo familiar, tampoco desde el acopio arbitrario de lo similar definido precariamente. Más bien su sedimentación obra por instinto, se van juntando virutas en torno al imán que creen han ido a visitar (las virutas) tal y como en el improvisado aforismo de Wilde. Pero es un afán de fijarlo todo, la nostalgia de recuperar el universo interminable del día de la creación, tonos, volúmenes, colores, mínimos caprichos de un arabesco, en fin.

Pienso en una especie de manual del recelo, ese *Diccionario de galicismos* de Rafael María Baralt, separa para agrandar un abismo de pureza y a la vez signa un mundo desde su genealogía, sus oscuras raíces descendiendo hasta lo evanescente. Instrumento de identidad, ese afán de nuestro Baralt llega a hacerse angustia, busca aquí, mira allá armado de intuición y sobre todo con la virtud de los olores. Y es su tentativa la de quien ya no puede sino juntarlo todo en una obsesión: la de iluminar más allá de un orden lógico, así su pesquisa se convierte en suma de mis-

Miguel Ángel Campos

Sociólogo y ensayista, un consenso lo identifica como una de las voces mayores del pensamiento venezolano del presente. Estilista de sobradas dotes, aporta al ensayo venezolano la agudeza de la reflexión y el encanto de la escritura. Ha estudiado el impacto negativo que el petróleo ha tenido en la cultura nacional. Títulos centrales de su bibliografía son: *La imaginación atrofiada* (1992), *Las novedades del petróleo* (1994), *La ciudad velada* (2001), *La fe de los traidores* (2005) y *Desagravio del mal* (2005). Profesor jubilado de la Universidad del Zulia, Maracaibo.

“Los diccionarios son especies muy distintas entre sí, como una manada de animales en la llanura africana, sus oficios y temas sobresalen a desnivel, variopintos...”

“En ese empeño de clasificar para reunir, agregar lo similar y nutrir un tema de referencias y ansiados familiares debemos ver también temores de la orfandad, distinguir parientes entre la muchedumbre, ver la simiente regada en un amplio horizonte ayuda a la certidumbre de que nunca moriremos, algo nos continuará desde esa urdimbre definiendo un destino...”

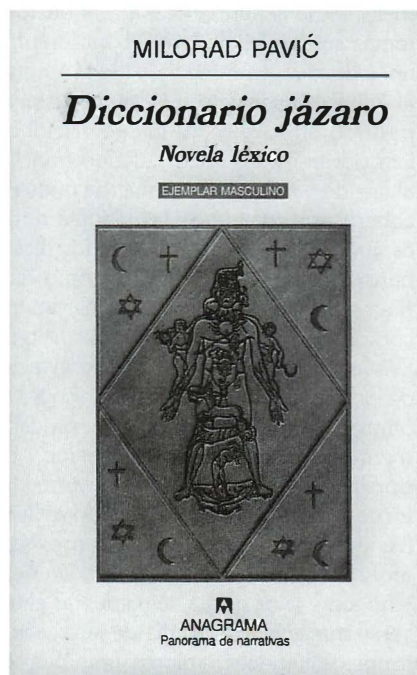
terios revelados, laberintos más que vistos abiertos. Si nombrar es poseer, crear una familiaridad capaz de hacernos ver y amar aquello nombrado, sumarle vínculos y perseguir su rastro, real o imaginario, es la necesidad de sustraerlo de lo íngrimo, alejarlo de la soledad y ponerlo en medio de una opulencia, esa de la vida insistente reproduciéndose en la pura invención, en mixturas y combinaciones.

En ese empeño de clasificar para reunir, agregar lo similar y nutrir un tema de referencias y ansiados familiares debemos ver también temores de la orfandad, distinguir parientes entre la muchedumbre, ver la simiente regada en un amplio horizonte ayuda a la certidumbre de que nunca moriremos, algo nos continuará desde esa urdimbre definiendo un destino... Organismo enhebrado en un mínimo punto, su aspiración de apropiarse el entorno, de reconocer lo ajeno e integrarlo, hace de su breve o vasta heredad una razón para lo

ecuménico, traer por la persuasión o la fuerza todo aquello útil para alimentar su vanidad, su apetencia de reino. Así se suceden esas ediciones de alto crecimiento vegetativo: todo llega para quedarse, así sea en un oscuro rincón, nada se extingue. Pienso en ese *Diccionario de Americanismos* de Augusto Malaret, su “addenda” lo duplica en número de páginas.

De espaldas al prestigio de los usos, todo se reduce al gozo de lo capturado, lo mejor va quedando como arqueología, descripción de especies extintas, y así felizmente utilitarismos de la comunicación hacen mutis. Y lo contemporáneo lo es porque observadores aptos se reconocen en él, lo demás son eficacias del día, vengan de una aceitada máquina o de Maquiavelo. Y no se trata de culto a lo inútil sino de repudio de lo banal, lo engendrado desde el imperio de las cosas prácticas, acopio de objetos en un mundo solazado en lo visual aunque sin imágenes. ◀▶

Diccionarios fronterizos I



Minorad Pavić

Diccionario jázaro

Barcelona: Anagrama, 1989

En un atlas se encuentran los posibles caminos surcados por niños de ayer y de hoy en sus imaginarias y siempre renovadas aventuras. La huella que hace un dedo índice por sus hojas se materializa en viajes y lecturas posteriores. Entre una y otra travesía, media la fantasía. Entre la precisa descripción cartográfica que alimentó las ganas de viajar y la contemplación del lugar de destino, la subjetividad ha construido un universo apenas vinculado con las sombras de su referente.

El *Diccionario jázaro* se adentra en la imagen misma de la representación. Se trata de una arqueológica recreación ficcional que sistematiza la mitología, historia, geografía, iconografía, religión... de una tribu que, entre los siglos

VII y X, poblaba el territorio que se extiende entre los mares Caspio y Negro. Esta “novela léxico” se compone de tres libros interconectados entre sí. Cada uno de ellos se ocupa de sacar a la luz las fuentes cristianas, islámicas y judías de la llamada “cuestión jázara”. También en este libro se narran muertes y persecuciones. Su lectura exige del lector destrezas sintéticas e imaginación, necesarias tanto para reconstruir una imagen general como para afrontar los enigmas propuestos, entre ellos la razón detrás de que existan dos versiones de esta obra: el ejemplar masculino y el ejemplar femenino (respectivamente, 172 y 173 de la colección “Panorama de narrativas” de Anagrama). No obstante, cada entrada de esta novela constituye una unidad narrativa en sí misma tan evocadora como inquietante. Se trata, en definitiva, de un libro original, amplio y que, como cualquier otro diccionario, lo mismo descubre significados y sentidos que ensombrece facetas del objeto al cual se ilumina.

G.P.L.